

LOS RELATOS DE LA RESURRECCIÓN

Después de resucitar, Jesús se manifestó varias veces a los suyos dándoles muchas pruebas de que vivía: lo vieron, le tocaron y le oyeron.

El sepulcro estaba vacío al tercer día

Los Apóstoles y los discípulos se dispersaron y huyeron durante la crucifixión. Estaban llenos de temor y no recordaron las predicciones de Jesús sobre su Muerte y su Resurrección. En cambio los fariseos y los príncipes de los sacerdotes sí recordaron las palabras del Señor. Por eso dijeron a Pilato: «*Señor, nos hemos acordado de que aquel impostor dijo cuando aún vivía: resucitaré después de tres días. Manda, pues, custodiar el sepulcro hasta el día tercero, no sea que vengan los discípulos, lo roben y digan al pueblo: ha resucitado de entre los muertos. Y será la última impostura peor que la primera. Díjoles Pilato: Ahí tenéis la guardia; id y guardadlo como vosotros sabéis. Ellos pusieron guardia al sepulcro después de haber sellado la piedra*» (Mt. 27, 63-66) Sus planes tuvieron un resultado totalmente opuesto a lo que habían previsto, pues así ya no era posible decir que los discípulos habían robado el cadáver.

El domingo, muy de mañana, María Magdalena y otras mujeres fueron al sepulcro a embalsamar el cuerpo de Jesús, después de haber guardado el descanso sabático. Cuando caminaban no sabían cómo podrían remover la piedra que cerraba el sepulcro, porque era muy grande. Al llegar vieron la piedra rodada a un lado, pero «*al entrar no encontraron el cuerpo del Señor Jesús*» (Lc. 24, 3)

Previamente a su llegada, cuenta San Mateo que «*se produjo un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del cielo, acercándose, apartó la piedra y se sentó en ella. Su rostro era como el relámpago y su vestido blanco como la nieve. Por el miedo a él, los guardias se desplomaron y quedaron como muertos*» (Mt. 28, 2-4) Cuando fueron a decírselo a los pontífices, éstos dieron bastante dinero a los soldados al ser informados, para que dijese que se habían dormido, y entonces los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús (Mt. 28, 11-15) Se trataba de una mentira muy burda, porque unos soldados dormidos no pueden saber lo que pasó mientras dormían, y si se enteraron y, no defendieron el sepulcro, incumplieron su misión y entonces no tenían por qué darles una fuerte cantidad de dinero.

Ante el sepulcro vacío las mujeres tuvieron diversas reacciones. María Magdalena corrió a buscar a Pedro y Juan, para decirles: «*Han robado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto*» (Jn. 20, 2) Las demás mujeres parece que permanecieron más tiempo en el sepulcro llenas de sorpresa. Entonces se les aparecieron unos ángeles que les dijeron: «*No está aquí, resucitó como dijo*» (Mt. 28, 6) Luego les mandaron que fuesen a los discípulos y se lo dijese. Se llenaron de temor y alegría, y fueron rápidamente a cumplir este mandato. A los discípulos «*les parecieron estas palabras como delirio y no las creyeron*» (Lc. 24, 1 l)

Pedro y Juan, al ser avisados, corrieron al sepulcro y lo vieron vacío; el sudario y la sábana estaban plegados. San Juan evangelista llegó primero «*vio y creyó*» (Jn. 20, g) Pedro llegó después vio y solamente se maravilló.

Es de notar en estos hechos iniciales la desconfianza de los discípulos y de las mujeres. Su incredulidad primera da más fuerza a su fe posterior, ya que fortalece la verificación de los hechos, alejando la posible argucia de que fuese una alucinación.

Apariciones del primer día

María Magdalena llegó al sepulcro por segunda vez, cuando ya se habían marchado Pedro y Juan. Estaba fuera del sepulcro y lloraba. Entonces se le aparecieron dos ángeles que intentaron consolarla, pero seguía llorando. Después tras ella se apareció el mismo Jesús resucitado. María le confundió con el jardinero y le dijo que si sabía dónde estaba el cuerpo de Jesús se lo dijese. Jesús le dijo: «*¡María! Ella se vuelve y le dice en arameo Rabbuní, que quiere decir Maestro*» (Jn. 20, 76) Después le dice Jesús: «*Ve a mis hermanos y díles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. María Magdalena fue a anunciar a los discípulos, he visto al Señor, y las cosas que le dijo*» (Jn. 20, 17-18)

¿Qué nos está diciendo pues la cruz de Cristo, que es, en cierto sentido, la última palabra de su mensaje y de su misión mesiánica? Y, sin embargo, ésta no es aún la última palabra del Dios de la Alianza: esa palabra será pronunciada en aquella alborada, cuando las mujeres primero y los Apóstoles después, venidos al sepulcro de Cristo crucificado, verán la tumba vacía y proclamarán por vez primera: «*Ha resucitado*» Ellos lo repetirán a los otros y serán testigos de Cristo resucitado. (Juan Pablo II, DM, 8)

Aparición a los Apóstoles.

Estando reunidos los diez -pues faltaba Tomás- sin abrirse las puertas, se apareció ante ellos en el Cenáculo y les dijo: «*La paz sea con vosotros*» Quedaron sobrecogidos y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Pero Él les dijo: ¿Por qué os turbáis y por qué dudáis en vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies. Soy yo mismo. Tocadme y ved. Un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo. Como siguiesen incrédulos por la alegría y admirados, añadió: ¿Tenéis algo que comer? Y ellos le dieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de todos (Lc. 24, 26-43) San Marcos precisa que les «reprendió por su incredulidad y dureza de corazón, pues no habían creído a los que le habían visto resucitado de entre los muertos» (Mc. 16, 14) Después Jesús sopló sobre ellos y dijo: «*Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonarais los pecados les serán perdonados. A quienes los retuvierais, les serán retenidos*» (Jn. 20, 22-23)

Aparición a los discípulos de Emaús.

Al caer la tarde del domingo en que resucitó Jesús, dos de los discípulos se marchaban a su aldea, llamada Emaús. Volvían desesperanzados por los acontecimientos de aquellos días y el triste final de la muerte de Jesús. Jesús se apareció a ellos mientras caminaban, aunque no le reconocieron. Al caminar, Jesús les interrogó por la causa de su tristeza, y ellos al contárselo descubrieron también que su fe en Jesús era insuficiente, pues esperaban un Mesías rey que les librase del yugo de los romanos. Jesús aprovechó sus palabras para explicarles el sentido de las Escrituras, y que convenía que sucediese de aquella manera como lo habían anunciado los profetas. Además se lo explicó de tal modo, que después comentaron que les ardía el corazón mientras les explicaba las Escrituras. Al llegar a la aldea, le invitaron a cenar, y al partir el pan le reconocieron. Entonces desapareció de su presencia. Ellos volvieron a Jerusalén a contar lo sucedido (Lc. 24, 13-35) Los demás les dijeron también: «*El Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido a Simón*» (Lc. 24, 34)

Es de notar en todos estos testimonios la insistencia en dejar constancia tanto de la incredulidad que manifestaban inicialmente los discípulos, como del realismo de las apariciones; por ello insisten en que Jesús comió, le tocaron, le oyeron, y no sólo le vieron.

La Resurrección es la victoria de Cristo sobre la muerte y sobre sus causas: el pecado y el diablo.

Otras apariciones

Durante los cuarenta días que estuvo Jesús en la tierra después de resucitar, se manifestó varias veces a los suyos «*dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles en el espacio de cuarenta días, y hablándoles del Reino de Dios*» (Hch. 1, 3) Las que cuentan los evangelios son:

Segunda aparición a todos los Apóstoles.

El domingo siguiente a la Resurrección Jesús se apareció de nuevo a los Apóstoles. En esta ocasión estaba Tomás con los otros y superó la incredulidad que había manifestado ante las manifestaciones de los diez, haciendo un acto de fe explícito en Jesús como Señor y como Dios. Ello dio pie a que Jesús enunciase la última bienaventuranza, que comprendía a todas las demás: «*Bienaventurados los que sin haber visto creyeron*» (Jn. 20, 29)

Segunda pesca milagrosa.

Los discípulos obedecieron a Jesús y fueron a Galilea. Encontrándose juntos Simón Pedro, Tomás, Natanael, Santiago, Juan y otros dos discípulos, salieron a pescar. Aquella noche no pescaron nada. Al amanecer Jesús se apareció en la orilla -estaban como a cien metros- y les dijo: «*Muchachos, tenéis algo de comer. Ellos respondieron: No. Entonces él les dijo: Echad la red hacia la parte derecha y encontraréis. Los discípulos obedecieron, la echaron y no podían sacarla por la gran cantidad de peces. El discípulo a quien el Señor amaba, dijo entonces a Pedro: Es el Señor*» (Jn. 21, 5-7)

Rehabilitación de San Pedro.

Después de la pesca los discípulos fueron con Jesús a la orilla, allí «*ven puestas brasas y un pez encima y pan*» (Jn. 21, g) Cuando comieron, Jesús hizo una triple interrogación a Pedro diciéndole: ¿Me amas? Ante la triple respuesta afirmativa, Jesús le dice sucesivamente: «*apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas*»

(Jn. 20, 15, 16, 17) Al constituirle como pastor de la nueva grey que será la Iglesia, confirma la promesa de que Pedro será la roca sobre la que construirá su Iglesia. Tanto San Pedro como sus sucesores serán los vicarios de Cristo en la tierra.

«Sobre Él (Jesucristo), por la fe en su resurrección, somos edificados los cristianos» (Juan Pablo II, en Orcasitas)

La Ascensión: Última aparición

Los discípulos se reunieron en un monte de Galilea como les había mandado Jesús. Allí el Señor les dio los últimos consejos, encomendándoles un mandato importante: la obligación de extender por toda la tierra la Buena Noticia que Cristo había traído a la tierra. Sus palabras fueron: «*Me ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*» (Mt. 28, 16-20) Después «*alzó sus manos y los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo*» (Lc. 24, 50-51), hasta que «*una nube lo cubrió a sus ojos*» (Hch. 1, 9) San Marcos añade: «Y se sentó a la derecha de Dios Padre» (Mc. 16, 19) Con estas palabras indica el cumplimiento de las profecías y la glorificación de Jesús.

El misterio pascual es Cristo en el culmen de la revelación del inescrutable misterio de Dios. Precisamente entonces se cumplen hasta lo último las palabras pronunciadas en el Cenáculo: -Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre.. Efectivamente, Cristo, a quien el Padre «*no perdonó*» en bien del hombre y que en su pasión, así como en el suplicio de la cruz, no encontró misericordia humana, en su resurrección ha revelado la plenitud del amor que el Padre nutre por El y, en El, por todos los hombres. «*No es un Dios de muertos, sino de vivos.*» En su resurrección Cristo ha revelado al Dios del amor misericordioso, precisamente porque ha aceptado la cruz como vía hacia la resurrección. Por esto -cuando recordamos la cruz de Cristo, su pasión y su muerte- nuestra fe y nuestra esperanza se centran en el Resucitado: en Cristo que «*la tarde de aquel mismo día, el primero después del sábado... se presentó en medio de ellos*» en el Cenáculo, «*donde estaban los discípulos... alentó sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados les serán perdonados y a quienes los retengáis les serán retenidos*» (Juan Pablo II, DM, 8)

Textos sobre la Resurrección

El motivo central de todas las descripciones de la Resurrección que contienen los evangelios, es mostrar la propia fe y mover a los que las lean, a aceptar la fe en Jesús resucitado.

A nadie se oculta que, entre todas las Escrituras, aun del Nuevo Testamento, descuellan con razón los Evangelios, como testimonio principal que son sobre la vida y doctrina del Verbo encargado, salvador nuestro. La Iglesia ha mantenido siempre y donde quiera, y sigue manteniendo, que los cuatro evangelios tienen origen apostólico. Efectivamente lo que por mandato de Cristo predicaron los Apóstoles, luego, por inspiración del Espíritu Santo, ellos mismos y los varones apostólicos nos lo transmitieron por escrito, como fundamento de la fe, a saber el Evangelio tetramorfo, según Mateo, Marcos, Lucas y Juan (DV, 18)

ANÁLISIS DE LOS TEXTOS EVANGÉLICOS ACERCA DE LA RESURRECCIÓN Y ASCENSIÓN

Los evangelistas nos han transmitido los hechos de la Resurrección. No pretenden hacer una historia detallada de lo que pasó, sino contar lo que vieron y lo que se convirtió en el fundamento de su fe. San Pablo expresa así esta Tradición:

Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os he predicado(...) Porque lo primero que yo os transmití, tal como lo había recibido fue esto: Que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; que fue sepultado y que RESUCITO AL TERCER DIA, según las Escrituras y que se apareció a Cefas, luego a los Doce. Después se apareció una vez a más de quinientos hermanos, de los cuales muchos permanecen todavía, otros durmieron; luego se apareció a Santiago, luego a todos los Apóstoles. Y en último término, se me apareció también a mí. (1 Co 15, 1-8)

La Resurrección de Jesucristo es, por tanto, el misterio central de la predicación de los Apóstoles y sus colaboradores. Los Apóstoles basarán la veracidad de su predicación en que son testigos de los hechos. Así se ve en los tres discursos de San Pedro que recogen los Hechos de los Apóstoles: «A este Jesús, Dios lo resucitó y todos somos testigos de ello» (Act. 2, 32)

Las narraciones evangélicas de la Resurrección

Las narraciones de la Resurrección son de una gran espontaneidad y realismo. En todas ellas se manifiesta la honda impresión que causaron aquellos hechos en los que los narran. El mismo modo de contarlos revela que intentan ser lo más fieles posible a los hechos de los cuales han sido testigos. El fundamento de su predicación posterior será precisamente que son testigos de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Se puede decir con certeza que las narraciones evangélicas corresponden al género narrativo histórico, aunque no pretenden hacer historia como la haría un profesional de esta ciencia, pues sólo narran experiencias directas. El motivo central de todas las descripciones de la Resurrección que contienen los evangelios es mostrar la propia fe y mover a los que las lean a aceptar la fe en Jesús resucitado.

La exposición más acabada de lo dicho la encontramos en la primera carta a los Corintios, que es, probablemente el escrito más antiguo que conservamos acerca de la Resurrección.

Si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo andan diciendo algunos de entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y Si NO RESUCITO CRISTO, VANA ES NUESTRA PREDICACIÓN, VANA TAMBIÉN VUESTRA FE. Además, seremos falsos testigos de Dios, porque contra Dios testificamos que ha resucitado a Cristo, a quien no resucitó ¡Pero no! Cristo ha resucitado de entre los muertos (15, 12-20)

Por eso la Iglesia «ha mantenido y sigue manteniendo con firmeza y gran constancia, que los cuatro mentados evangelios, cuya historicidad afirma sin vacilación alguna, transmiten fielmente lo que Jesús, Hijo de Dios, hizo y enseñó realmente mientras vivió entre los hombres» (DV, 19)

Los relatos de la Resurrección, por tanto, no son el resultado de una pura elaboración desde la fe, sino la exposición, con ligeras variantes, de lo que vieron y vivieron y luego contaron los testigos oculares. No es posible que ningún cristiano se atreviera a inventar hechos referentes a la Resurrección del Señor, entre otros motivos porque cuando se escribieron los evangelios, aún vivían la mayoría de los que habían presenciado esos hechos y se sabían responsables de transmitirlos con fidelidad.

«Indudablemente, después de la ascensión del Señor los Apóstoles transmitieron a sus oyentes lo que El había dicho y hecho, con aquella más plena inteligencia de que gozaban, instruidos que fueron por los acontecimientos gloriosos de Cristo y enseñados por la luz del Espíritu de verdad. Mas los autores sagrados redactaron los cuatro evangelios seleccionando algunas cosas de entre las muchas que ya se habían transmitido oralmente o por escrito, reduciendo otras a síntesis, o explanándolas de acuerdo con el estado de las iglesias, manteniendo finalmente, la forma de la predicación de manera, en todo caso, que nos comunicaran la verdad sincera acerca de Jesús. Y es así que escribieron, ora apoyados por su propia memoria y recuerdo, ora por el testimonio de "los que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la Palabra", con intento de que conozcamos la "firmeza" de las palabras en que hemos sido instruidos» (cf. Lc. 1, 2-4) (DV, lg.)

«... se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: ¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» (Lc. 24, 33-34)

JESÚS HABÍA PREDICHO SU RESURRECCIÓN

Junto al anuncio de su Pasión y Muerte Jesús predijo tres veces su Resurrección. La primera fue en Cesárea de Filipo cuando, tras la confesión de Pedro dijo: «*Es necesario que el Hijo de Dios sufra mucho, y que los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los escribas lo reprueben y que muera y al tercer día resucite*» (Lc. 9, 22)

La segunda vez fue después de la Transfiguración del Señor ante Pedro, Juan y Santiago en que se manifestó ante ellos con un cuerpo glorioso cuando les dijo: «*a ninguno les digáis esta visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos*» (Mt. 17, 9)

La tercera ocurrió subiendo hacia Jerusalén, cuando tomando aparte a los doce, les dijo: «*Mirad: Subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del hombre, que será entregado a los gentiles, y escarnecido, e insultado, y escupido, y después de haberle azotado, le quitarán la vida, y al tercer día resucitaré. Pero ellos no entendían nada de esto, eran cosas ininteligibles para ellos y no entendían lo que les decía*» (Lc. 18, 31-34)

También se lo había profetizado a los judíos de una manera más velada cuando les dijo: «*Destruíd este templo y en tres días lo levantaré. Dijéronle los judíos: En cuarenta y seis años se edificó este templo, ¿y tú*

lo vas a levantar en tres días? Mas El hablaba del templo de su cuerpo. Cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos que había dicho esto, y creyeron en la Escritura, y en la palabra que había dicho Jesús» (Jn. 2, 19-22)

Consecuencias de la Resurrección

Con su muerte Jesucristo nos libró de los pecados, con su Resurrección, nos devolvió los bienes que habíamos perdido por el pecado, es decir, nos abrió las puertas de la vida eterna.

LA REALIDAD DE LA RESURRECCIÓN

Aunque el suceso mismo de la Resurrección de Jesucristo sólo lo ha presenciado Dios, los hechos que perciben los discípulos son suficientes como para que se pueda decir que la Resurrección del Señor es una realidad. El sepulcro vacío y las apariciones son hechos que la historia no puede ignorar. Dios quiso que los testigos que «Él había designado» pudieran tener una evidencia que les permitiera dar testimonio ante los demás.

Los que han negado el gran milagro de la Resurrección se han aferrado a diferentes argumentaciones, que en el fondo coinciden en no admitir nada que no pueda demostrarse con argumentos racionales o por experiencia.

Así, han dicho algunos que la Resurrección era una pura experiencia subjetiva de los discípulos. Otros han afirmado que la Resurrección significaría solamente que Cristo vive en el recuerdo y en el interior de los Apóstoles y que éstos no distinguen fácilmente sus deseos de la realidad. También ha habido quienes han supuesto fraude o mentira en las afirmaciones de los discípulos.

Sin embargo, los relatos evangélicos de las apariciones nos presentan a unos hombres que se sorprenden claramente - al encontrarse con Aquél con el que convivieron antes de la Pasión. En principio, no reconocen a Jesús. Luego pasan a estar ciertos de que es Él. Esta es una prueba más de que ese reconocimiento del Señor proviene de la realidad y no es una creación de su fantasía. De lo contrario, no tendrían dificultad en reconocerle al punto. En cambio, necesitan un cierto tiempo.

EL MISTERIO DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

La Resurrección de Jesucristo es un misterio de fe. Sólo ayudados por el Espíritu se puede llegar a la fe en la Resurrección. Sólo la fe permite captar el mensaje de salvación que entraña.

Los discípulos se percatan de que Aquél con el que se encuentran de nuevo es Jesús, aunque no es enteramente el mismo.

Jesucristo, al resucitar, ha comenzado a vivir una vida nueva, que es a la que estamos llamados y nos tiene prometida. En efecto, la Resurrección de Cristo no consistió sólo en la reanimación de un cadáver, como en el caso del hijo de la viuda de Naím o de Lázaro.

Por otra parte, al creer este misterio, no se afirma sólo un hecho que le acaeció a Jesús en el pasado, sino también que Jesucristo, por haber resucitado, vive, es decir, continúa viviendo esa nueva vida.

Al creer esta verdad, además, no sólo afirmamos que Cristo resucitó de entre los muertos, sino que lo hizo por su propio poder, como había anunciado:

«Porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo» (Jn. 10, 17-18)

El Señor ha resucitado como había predicho.

La Resurrección de Cristo es la verdad más trascendental de nuestra fe católica. Por eso decía San Agustín: «No es gran cosa creer que Cristo murió; porque esto también lo creen los paganos y judíos (...) La fe de los cristianos es la Resurrección de Cristo» (Enarr. in Psalmos, 120)

Los Apóstoles, movidos por el Espíritu, creyeron en el Cristo resucitado. Por la fe, pudieron comprender que Jesús es dueño de la vida y de la muerte, es decir, que es Dios.

También se percataron poco a poco de que se había abierto una nueva etapa en la realización del Reino de los Cielos. Hasta el momento de la Resurrección, Cristo era el Mesías Siervo de Yahvé, que podía padecer y ser perseguido hasta la muerte en la Cruz, a pesar de sus poderes sobrenaturales y de su doctrina sublime. A partir de ahora, Jesús se ha hecho glorioso. No ha vuelto a la vida terrestre, sino que ha inaugurado una nueva vida en la que posee una plenitud que incluye la inmortalidad y la liberación de las limitaciones del tiempo y del espacio. Como consecuencia, el cuerpo de Cristo participa de la gloria que, desde el principio, llevaba el alma del Señor.

Los Apóstoles son los testigos de esta nueva realidad, para los hombres de todos los tiempos. La fe de todos los cristianos que vengan después apoya en el testimonio de la fe apostólica.

Pero a estos testigos oculares también se les exigía fe: vieron y creyeron. No basta con ver para percibir la nueva creación que significa la Resurrección de Cristo. Los testigos se encontraron con Jesús y le reconocieron por la fe, movidos por el Espíritu Santo.

CONSECUENCIAS DE LA RESURRECCIÓN

La Resurrección de Jesucristo no es algo que le afecte o beneficie a Él, en el sentido de que le libera de las consecuencias de la muerte una realidad que nos afecta a todos los hombres de un modo importantísimo.

En efecto, la Resurrección fue necesaria para que se completara la de nuestra Redención. Jesucristo, con su muerte, nos libró de los pecados pero con su Resurrección, nos devolvió los bienes que habíamos perdido por el pecado, es decir, nos abrió las puertas de la vida eterna.

Nosotros creemos en Aquél que resucitó de entre los muertos a Jesús Señor nuestro, quien fue entregado por nuestros pecados y fue resucitado para nuestra justificación. (Rom 4, 24-25)

El haber resucitado por su propio poder es prueba definitiva de que Cristo es el Hijo de Dios y, por tanto, su Resurrección confirma plenamente nuestra fe en su divinidad.

Las apariciones de Jesús muestran una nueva manera de presencia Redentor en la Iglesia y en los cristianos: presencia del que es permanente aunque no se le vea. Al mostrarse a sus discípulos, enseña no sólo que puede «entrar con las puertas cerradas», sino que está siempre presente y cercano.

En los días posteriores a la Resurrección, el Señor comunica a los discípulos su Espíritu, mediante el gesto de soplar sobre ellos. Por medio de este don, nos será posible unirnos a Él en lo sucesivo.

Y lo mismo que los discípulos entraron en esa vida nueva a través de su encuentro con Jesús y la fe en Él, todos los hombres que vivan la vida de Cristo habrán de comenzar por un encuentro con esa Persona concreta que es Jesús resucitado.

LA ALEGRÍA DE LA PASCUA

Después de narrar con detalle los sucesos de la Pasión y Muerte de Jesucristo, los evangelios nos transmiten la gran ALEGRÍA PASCUAL de la Resurrección.

Esta alegría no sólo alcanza al hecho de que el Señor haya vuelto a la vida. La Resurrección de Jesús es un suceso ligado a los anteriores. Juntos constituyen lo que se llama el MISTERIO PASCUAL.

Así como la Pascua judía o «paso del Señor» conmemoraba el momento en que los israelitas fueron liberados tanto de la esclavitud de los egipcios como de la muerte de los primogénitos, que Dios envió como castigo al Faraón y su pueblo, la nueva Pascua, la Pascua cristiana, es, ante todo, la liberación del hombre de la esclavitud del pecado.

Esta liberación la ha realizado Jesucristo por medio de su Pasión y Muerte en la Cruz y por su Resurrección de entre los muertos. Con ésta, se ha demostrado su poder divino no sólo sobre la muerte, sino también

sobre las fuerzas del mal.

Por ello, los relatos de los días siguientes a la Resurrección rebosan alegría:

«El ángel habló a las mujeres: Vosotras no temáis, ya sé que buscáis a Jesús crucificado. No está aquí: Ha resucitado, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id aprisa a decir a sus discípulos: Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis (...) Filas se marcharon (...) y llenas de alegría, corrieron a comunicarlo a sus discípulos. De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: Alegraos» (Mt. 28, 5-9)

Cuando Jesús se aparece a sus discípulos después de su Resurrección, siempre les saluda con las palabras: *paz a vosotros»* La fe y la alegría pascual deben llevar a la paz: *« Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.»* (Jn. 20, 19-21).

Pero no se debe entender que la alegría pascual fue un estado de ánimo propio de un tiempo cercano a la Resurrección, sino que todo el Nuevo Testamento está como atravesado por esta actitud. Los cristianos tienen motivos para la alegría, que no son pasajeros, que no se basan en cosas de este mundo, sino en la participación ya aquí, en la tierra, de la vida nueva de Cristo.

San Pablo nos dejará muy diversos testimonios de esta dimensión característica del cristiano. Quizá entre todos ellos destaque el del capítulo tercero de la carta a los Filipenses: *«hermanos míos, manteneos alegres en el Señor (...) juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, (...) y conocerle a Él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a Él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos»* (1-11).